

“Cuenta lo que has visto y oído”

1. Presentación

Buenas tarde a todos.

Mi nombre es Frida Salas del Señor de la Vida, soy boliviana. Pertenezco a la congregación Hijas de la Iglesia, cuya misión se puede resumir en dos palabras: comunión y evangelización. Llevo 10 años de vida consagrada. Hace dos años vivo en Madrid, y formo parte de esta parroquia (Ntra. Sra. De África), brindando mi colaboración en la pastoral, específicamente llevo adelante los oratorios para los niños de la catequesis, acompaño a los jóvenes, y colaboro en la animación litúrgica. Al mismo tiempo estoy estudiando Teología Bíblica en la Universidad San Dámaso.

Quiero compartiros mi experiencia de **fe y de misión**, que inicialmente, es fruto de la misión de tres personas: mi madre, el párroco de mi pueblo y mi catequista, una hija de la Iglesia.

Provengo de una familia numerosa, católica, sencilla y trabajadora. Por diversas circunstancias, que pasan en todas las familias, no recibí el bautismo cuando era pequeña. Desde pequeña había tenido referencia a la Iglesia, participaba con mis padres de las fiestas centrales (la Fiesta patronal y Semana Santa), de hecho, mis padres cumplían perfectamente los cinco preceptos de la Iglesia. Yo veía que mis padres se hacían la señal de la cruz también en la casa, y de vez en cuando hacían alguna oración a Dios, invocando protección, bendición o dando gracias por algún beneficio. A los 12 años mis padres me enviaron a vivir con un familiar a una ciudad. Este periodo duró cuatro años, en los cuales la pertenencia a una iglesia o grupo de fe fue escasa.

Mi camino personal de fe comenzó a raíz de un deseo: casarme en la Iglesia, vestida de blanco. Tenía 17 años, estaba cursando el bachillerato que en Bolivia dura 4 años, tenía novio y a raíz de ello, me hacía mucha ilusión llegar al altar vestida de blanco.

Un día hablando con mi madre sobre mi deseo de casarme por todo lo alto, me hizo notar de algo que yo no había considerado en lo más mínimo: la vida sacramental y la pertenencia a la Iglesia. Mi madre es una mujer sencilla, me lo dijo de manera directa: Frida, tienes que ir a la parroquia y pedir el Bautismo, después, la Primera Comunión y la Confirmación. Si quieres casarte en la Iglesia, ya puedes ir adelantando eso.

Inicialmente, me acerqué a la Iglesia para ponerme en regla y poder cumplir ese sueño. Pero, no imaginaba lo que me aguardaba. Y es verdad, un deseo que no tenía ninguna motivación cristiana, me llevó a descubrir el don más precioso que un ser humano puede tener; la fe en Jesucristo Señor y redentor, Señor de nuestras vidas.

Cuando inicié la preparación al Bautismo, mi catequista, una Hija de la Iglesia, tuvo la pedagogía de empezar por lo más básico, pero que al final es lo fundamental: La señal de la cruz. ¡Cuánta alegría, aprender a signarme con la cruz! Alegría porque ya no era simplemente el signo, sino la experiencia del amor de Dios, manifestado en la muerte y resurrección de Jesús.

Antes de esta experiencia, yo iba a la Iglesia, pero entraba por la última puerta (el templo de parroquia tiene la forma de un barco y las puertas las tiene en los laterales). Yo nunca entraba por la primera puerta o la segunda, porque para empezar no era capaz de hacerme la señal de la cruz, siempre que llegaba ese momento no sabía por dónde empezar. Y para terminar, no sabía responder a las partes de la misa. Es decir, me faltaba la catequesis desde el inicio, desde lo más elemental.

La catequesis constituyó para mí una liberación, primero de mi ignorancia y segundo, del “aislamiento”, de la tristeza de no poder gozar de la comunidad eclesial.

El primer día de la catequesis en preparación al bautismo, éramos un grupo de 10, entre chicos y chicas, la hna. hizo un sondeo sobre las motivaciones para recibir el bautismo. Hizo como un examen práctico para el nivel en el que nos encontrábamos, empezando por la señal de la cruz y las oraciones comunes. Terminado el examen, tuvo la paciencia y la delicadeza de enseñarnos trazo a trazo, la señal de la cruz y su significado: la cruz es la máxima expresión del amor de Dios por la humanidad.

A partir de ahí, ya no me daba apuro entrar por la primera puerta de la iglesia, sentarme en las primeras bancas, hacerme extendidamente la señal de la cruz y poco a poco, participar activamente en la celebración, incluso proclamar la Palabra con el pasar del tiempo. Estaba preparada a dar razón a quien me preguntara qué significaba signarse con la cruz: que es el signo del amor de Dios hacia mí y que yo le pertenezco. Al mismo tiempo tuve la experiencia de la Iglesia como el espacio vital que me hacía nacer a una vida nueva.

2. Experiencia misionera

Mi vocación misionera se avivó en mi parroquia por el testimonio del párroco, y de mi catequista. Por un lado mi párroco me había dado a leer la vida de S. Teresa del Niño Jesús. Y yo, cautivada por la patrona de los misioneros, le expresé mi deseo de irme al Carmelo. Él me dijo: misionera sí pero no en clausura. En ese tiempo, poco entendía yo de las modalidades. Por otro lado, mi catequista era una religiosa que un día había salido de su pueblo, para llevar el Evangelio allí donde la Iglesia se lo pida. De hecho había partido de un puerto de Italia hacia Bolivia y una de sus últimas misiones fue en mi pueblo. Así pues, el testimonio de esta hermana me inspiró a hacer de mi vida una misión, como dice el Papa Francisco: “mi vida es misión, yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo” (EG 273).

Por eso anunciar el evangelio, allí donde estoy y donde vivo, se ha convertido en mi pasión. Cada nuevo destino es para mí una nueva misión. He vivido en distintas realidades de mi país, he estado también en Colombia, en Italia y ahora aquí en Madrid. Para mi estudiar teología Bíblica es también una misión porque he estado en lugares donde los sacerdotes no abastecen por la extensión de los territorios a ellos confiados.

He vivido situaciones en las que la comunidad cristiana no gozaba de la presencia del sacerdote de manera permanente, a causa de la extensión del territorio y de la numerosa población a la que tiene que acompañar. En este contexto, he sentido la llamada del Señor a través de la voz de la misma comunidad para presidir la celebración de la Palabra y acompañar en la fe a las personas en los momentos más significativos, como el nacimiento de un hijo, la muerte de un ser querido, las fiestas más significativas de la comunidad.

Es así como vivo también hoy mi consagración religiosa y mi misión, con mucha alegría, dando todo de mí, acompañando ahora, a los niños y jóvenes en esta parroquia, siendo un instrumento para que puedan hacer experiencia del amor salvador de Dios.

Quiero terminar agradeciendo a Jesús Eucaristía, junto con vosotros:

Gracias Señor Jesús, por el testimonio de tantos misioneros, hombres y mujeres llenos de pasión por el reino de Dios; de manera especial te doy gracias por mi madre, mi párroco P. Pascual, franciscano español, por mi catequista, Sor Giovanina, mi hermana mayor en la fe. Y por aquellos que están presentes en realidades difíciles. Dale fuerza en su fe y haz fecunda su misión.

Señor Jesús, continúa llamando hombres y mujeres, para hacerles partícipe de tu amistad y tu misión, “para que la familia humana se convierta cada día más en la familia de Dios” (M. Oliva).